





HOJA DE BALANCE

Se me ocurre que estos últimos trabajos de Sofía Althabe pueden ser leídos como un intento de resolver un debate de larga data que hunde sus raíces en la modernidad. Me refiero a esa vieja disputa que ubica por un lado la dimensión de lo real, y por otro a la abstracción y una estructura compositiva que, haciendo eje en la cualidad de la superficie pictórica, se ha empeñado en expulsar de ella lo real para atrincherarse en la esfera exclusiva de lo visual. Se diría que durante los últimos 20 años la obra de Sofía se ha deslizado alternativamente entre esos dos polos. De las imágenes realistas que dejaban filtrar la realidad social de fines de los 70 y 80, a las múltiples estructuras geométricas que organizaban el plano de la pintura como un continuum espacial, las tensiones parecen haberse disuelto al solapar estos dos términos sin perderlos del todo. Quizá debiéramos analizarlos a la luz del significado particular que adquiere cada uno de ellos en relación a este último eslabón de su obra que la artista nos presenta ahora.

Tomemos por caso las estructuras geométricas y el modelo retícula que

organizaba su obra a comienzos de los 90. Un esquema que remite a uno de los principios más permanentes del arte moderno. Como sostiene Rosalind Krauss, no hay ninguna forma que se haya afirmado tan implacablemente del cubismo al arte minimal- y que al mismo tiempo haya sido tan impermeable a los cambios. "Allanada, geometrizada y ordenada, la retícula es antinatural, antimimética y antirreal. Es la imagen del arte cuando éste vuelve sus espaldas a la naturaleza" ha señalado la crítica norteamericana. Organizada en la férrea regularidad de sus coordenadas, la retícula expulsa lo real y sobre todo sus múltiples dimensiones.

Y es esa violenta expulsión lo que produce la crisis y el giro que plantea ahora la obra de Sofía Althabe. Cómo abrir su arte a esa esfera indómita que no admite ser congelada en un orden formal?

La artista encuentra la fórmula en un esquema básico que la remite a la vida y al orden necesario para que ésta continúe en las condiciones precarias del contacto con la realidad. La grilla-retícula se transforma así en un antiguo y elemental sistema contable capaz de encuadrar sensiblemente todo el debe y el haber de la cuenta diaria. Una hoja de balance que en su diagrama reticular no remite a la organización del campo estético sino

Saldo en rojo, 1999
140 x 100 cm.
Acrílico y lápiz acuado

a la configuración que asume el espacio cotidiano. En ella, los números no se deslizan como entidades abstractas sino como papas: como el alimento real que reclama un lugar en el Haber, al tiempo que la línea de casilleros sirve a la representación secuencias del esfuerzo humano en la lucha por la supervivencia. Como en las fotos de Muybridge, ese esfuerzo asume infinitas variaciones; posturas corporales que dan cuenta de su intensa y prolongada dimensión.

Ya no son los signos matemáticos ni los poemas visuales ordenados como "ecuaciones de deseo" abstractas, sino la iconografía sensible y desordenada del erotismo que irrumpe en esta serie de pinturas que Althabe llama simplemente "Diario". En ella el acontecer funciona como desestabilizador de un orden universal imposible, pero permanece aferrado al orden doméstico en la trama de esa hoja contable. Una configuración que sirve para mantener la ilusión de "cada cosa en su lugar" pero que en verdad solo pareciera ser una estrategia para presentar un balance: un espacio donde la artista reflexiona sobre el itinerario cumplido por su arte y la vida.

Ana María Battistozzi



Homenaje, 1999
120 x 150 cm.
Técnica mixta